

ISSN 2462-8506 Edición electrónica

Equipo de edición:

Harold Cardona Trujillo

Yesenia Arboleda Tabora

Auxiliar:

Ana María García Tangarife

Diseño de carátula:

Nelson Ramírez García

Dibujo de carátula:

Cristian Abad Restrepo

Universidad de Antioquia

Instituto de Estudios Regionales

Calle 67 No. 53 - 108

Bloque 9 – 243

Teléfono 2195696 -2195983

Medellín – Colombia

Enero 2023

El Instituto de Estudios Regionales es un centro de investigación de la Universidad de Antioquia-Colombia que se dedica a investigar de manera creativa e incluyente, desde diversas disciplinas, produciendo conocimiento desde el diálogo de saberes, aportando a las políticas públicas y a la gestión para el cambio social. Articula la investigación a procesos de educación superior, formal y continua para un conocimiento socialmente pertinente con sentido crítico, fortaleciendo el compromiso ético de los estudiantes. A través de actividades de extensión contribuye y cualifica para la gestión social, promoviendo la pluralidad en la toma de decisiones y la formación en habilidades específicas de ciudadanos e instituciones.

Cómo citar: Abad Restrepo, C. (2023). Estructura espacial de poder en el bajo cauca: ensamblajes históricos entre la minería colonial, la visión señorial, el oro verde y el riesgo por represa en el ardor de la conflictividad y de la crisis socioambiental. Documentos de Trabajo INER, (31), 3-31

Estructura espacial de poder en el bajo cauca: ensamblajes históricos entre la minería colonial, la visión señorial, el oro verde y el riesgo por represa en el ardor de la conflictividad y de la crisis socioambiental

Cristian Abad Restrepo¹

Resumen: El presente trabajo tiene como objetivo establecer la relación entre la estructura espacial de poder con la conflictividad socioambiental actual en la región del Bajo Cauca Antioqueño. Esta estructura se compone de cuatro macro tendencias identificadas como la minería, ganadería, narcotráfico e hidroituango, aspectos que han construido realidades paralelas e instituido imaginarios geográficos de una región vista como despensa. Conocer cómo ha operado el despliegue del poder en la tierra es uno de los propósitos de la geografía crítica, puesto que busca explicar las injusticias y los desarrollos desiguales en el tiempo en un determinado espacio. De allí, la necesidad de establecer los ensamblajes históricos sociales que condicionan la vida de las comunidades y de los ecosistemas que llevan a conflictos estructurales y de larga duración.

Palabras claves: Geografía crítica, conflictos socioambientales, espacio, imaginación geográfica, estructura.

Abstract: The objective of this work is to establish the relationship between the spatial structure of power with the socio-environmental conflict in the Bajo Cauca Antioqueño region. This structure is made up of four macro trends such as mining, livestock, drug trafficking and hidroituango, aspects that have built parallel realities and instituted geographical imaginaries of a region seen as a pantry. Knowing how the deployment of power on earth has operated is one of the purposes of critical geography, since it seeks to explain the injustices and uneven developments over time in a given space. From there, the need to talk about the historical social assemblies that condition the life of communities and ecosystems that reveal structural and long-term conflicts.

Keywords : Critical Geography, social-environmental conflicts, spatial, geographical imagination, structure.

¹ Doctor en Geografía. cabadrestrepo@gmail.com

Introducción

El presente trabajo tiene como objetivo establecer la relación entre la estructura espacial de poder construida históricamente en el Bajo Cauca antioqueño², con la conflictividad socioambiental actual donde las comunidades y los ecosistemas son mutuamente afectados. Así, las preguntas que guían esta disertación son ¿Cómo se ha construido la región del Bajo Cauca? ¿Cuál es la estructura espacial de poder en el Bajo Cauca? ¿Cuáles son las imágenes e imaginarios que sustentan los procesos extractivos en la región? ¿Por qué la estructura espacial es generadora de conflictos socioambientales?

Conocer los ‘acontecimientos’, como bien señala Milton Santos (2006), que dieron lugar al Bajo Cauca como la ‘despensa’ minera, ganadera y cocalera, adicionando un nuevo actor que ha dinamizado el poder en la región, como es la incidencia de EPM en su legitimación social y política a un proyecto que ha alterado el paisaje hidrosocial, ayudarán a entender por qué esta región es una de las más conflictivas en Colombia.

El conocimiento sobre cómo se ha estructurado espacialmente el poder en esta región mejorará el entendimiento de las contradicciones y conflictos existentes, que permita avizorar alternativas posibles conjugando todos los actores, relaciones y creatividades para la gestión y gobernanza ambiental.

Antes de entrar en materia, es necesario plantear que cuando se intenta conocer cualquier geografía, usualmente se recurre a preguntas sobre dónde queda tal lugar y cómo moverse en éste, para sumergirse en el espacio. De esta forma, inicia un descubrimiento del lugar cuando se elevan las preguntas por su historia, por los acontecimientos que marcaron dicho lugar y se indaga por los sentires de las personas que lo habitan. A partir de esto, comienza la ‘conciencia espacial’.

Una vez adquirida, quien desea desarrollar el conocimiento geográfico organiza la comprensión de esta realidad con categorías de pensamiento, para develar lo que sucede con las relaciones que determinan y estructuran el acontecer de la vida. Milton Santos (1979) nombra este proceso con su teoría de ‘flujos y fijos’, para decir que el espacio acontece por medio de las relaciones en los sitios donde transcurre la cotidianidad, pero también donde transcurre el poder.

No obstante, cuando se adquiere una ‘conciencia espacial’ más compleja, usualmente nos preguntamos por los imaginarios, por los actores con poder y por los sentidos políticos que movilizan y producen un espacio. Por supuesto, no todo espacio es neutral, un mero vacío, sino que tiene un profundo sentido simbólico de un sujeto o sujetos que reivindican sus intereses a través del control de las relaciones. Es allí, cuando surgen las condiciones académicas para nombrar lo invisible, esto es, entender las contradicciones que sustentan las relaciones socioespaciales.

De cierta forma, lo que se llama ‘geografía crítica’ surge cuando se eleva el pensamiento hacia la comprensión de las contradicciones y de los conflictos de una sociedad. Cuando dicha sociedad y/o comunidad experimenta violentamente el espacio porque no participan de éste, sino que es receptora de las dinámicas económicas y políticas, saben que cualquier paso en falso acarrea

² Solamente se tomará como referencia los municipios de Tarazá, Cáceres, Caucasia y Nechí. El criterio es arbitrario y obedece a la experiencia del investigador de este trabajo.

serias dificultades para tener una vida buena, dado que conocer y sienten la historia del lugar y cómo se ha desplegado el poder en la tierra. En definitiva, es sobre la tierra donde se despliega toda visión de poder y que usualmente es llamado como ‘usos de suelo’ y ‘apropiación territorial’. Así, todo uso de suelo no debe quedarse como mero uso, sino que implica también lógicas brutales sobre cuerpos y territorios como lo enseña el Bajo Cauca.

Ahora bien, los párrafos anteriores tienen sentido cuando el espacio es vivido de forma intensa, es decir, cuando un grupo humano es atravesado por una serie de relaciones de poder que limita, restringe y potencia su libertad, o sea, de aquel grupo que adquiere conciencia de ciertas condiciones para existir y/o resistir, esto es, que reflexiona sobre los conflictos dado que se tiene conciencia de por qué este espacio es así y no de otra forma.

De antemano, todo espacio por su historia delinea en sí un futuro establecido, porque el horizonte ya es visto como realidad, porque así lo ordena la historia. Sin embargo, el espacio no es cerrado, al contrario, cuando se hace un análisis de las transformaciones de la sociedad en esta región, se comprende que siempre el espacio está abierto y es susceptible de cambios. Pero el problema reside cuando los cambios son pertinentes al sistema dominante que continúa, a pesar de dichos cambios, subyugando a los sujetos desposeídos, a los sintierra, a los racializados y a los empobrecidos. Dicho de otra forma, cuando se niega el cambio para los más desfavorecidos, el espacio sí es cerrado y están en un vacío porque no pueden Ser en su lugar. Se sobreentiende que, si estos se convierten en protagonistas de su propia historia, significaría un cambio en el patrón de poder ya establecido, aspecto poco probable de suceder, por la forma en cómo se habita y se ha construido la región.

De acuerdo con lo anterior, este trabajo está enmarcado en una geografía crítica del Bajo Cauca, que reflexiona sobre cómo este espacio llegó a Ser para unos y no para todos, apoyándose en la historia ambiental para comprender el presente. Toda geografía que pretenda ser crítica por antonomasia es histórica, puesto que pretende develar los cambios espaciales y, por supuesto, las contradicciones en el despliegue técnico del poder sobre la tierra. Este ejercicio escrito no versa netamente sobre una geografía del presente, porque sería acrítica. Más bien se trata de una geografía que recurre a la historia para ver como se establece la apropiación desigual en la región.

Este trabajo comprende que una ‘estructura espacial de poder’ es el resultado de las relaciones sociales que, en clave de Marx (2011), se basan en el dominio y explotación de los seres humanos y de la naturaleza. Es decir, de la explotación de las fuentes creadoras de la riqueza que son el trabajo humano y los bienes comunes y/o primarios.

Tal estructura ha sido diseñada acorde con un ‘régimen extractivista’ que sujeta la tierra y la destina para unos usos particulares de enriquecimiento y acumulación económica incesante de capital (Machado, 2015), a la vez que construye una imaginación geográfica de cómo vivir según las lógicas instituidas (Zusman, 2013). De igual forma, esta estructura va adquiriendo, como dice Harvey (2014), una ‘coherencia espacial’ que ensambla en el tiempo el trabajo vivo, la naturaleza, la infraestructura y las instituciones sociales para que el espacio tenga determinada característica y no otra. Puede decirse que la producción de espacio es el resultado de múltiples acciones históricas evidenciadas materialmente, es decir, en la tierra y sus modos de apropiación/expropiación.

Por otro lado, cabe destacar que esta estructura es generadora de conflictos, porque su mantenimiento en el tiempo reside en la ampliación espacial para incorporar materia y energía a sus dominios, lo cual implica restarles espacio a otros, despojarlos de su terruño y contaminar los ecosistemas. Por lo tanto, es una estructura violenta que requiere de la guerra, la cual “nunca se ha ido del Bajo Cauca’ (Comisión de la verdad, 2022)

Por supuesto no toda estructura espacial aparece de la nada en la conciencia, para lograr esto se necesita de cuestionamientos conforme fue relatado en los primeros párrafos, esto es, de empezar adquirir experiencia espacial al confrontarse con cierta geografía que contiene muchos secretos y guarda profundas contradicciones. Algunas contradicciones propias del Bajo Cauca antioqueño es el hambre en medio de riquezas naturales, donde hay tanta agua que no se puede tomar y, a la vez, donde se puede trabajar ‘harto’ y donde hay tanta tierra fértil, pero bajo las condiciones que ponen dos o tres actores que deciden por todos. Por lo tanto, esta estructura espacial genera una democracia limitada.

Es por eso que se propone una reflexión amplia que sustenta la tesis con la cual inicia este trabajo. Para dar cuenta de esto, este artículo se compone de cinco acápites con sus respectivos contenidos. El primero es el papel que ha jugado la minería colonial y moderna en la región; el segundo aborda la emergencia de la industria ganadera y la colonización de tierras; la tercera describe la incidencia de la producción cocalera y un cuarto aspecto es el riesgo generado por la represa de Hidroituango. Estas cuatro macro tendencias componen lo que se denomina estructura espacial de poder. Cabe resaltar que hay otras territorialidades impuestas, pero son localizadas como los monocultivos de arroz, la emergencia de cultivos de caucho y algunas caimaneras. Un quinto acápite versa sobre la conflictividad socioambiental como resultado del desarrollo histórico de esta estructura que ha causado la crisis ambiental en la región. Por último, algunas consideraciones finales y preguntas de investigación.

Metodología de investigación: punto de partida hacia la construcción de la experiencia espacial

En los anteriores párrafos, se nombró la importancia de la experiencia espacial como momento inaugural para despertar una actitud crítica en el pensamiento geográfico. Es decir, se necesita sentir o por lo menos aproximarse a ciertas contradicciones para saber que algo está mal, que no hay ajustes y balances que permitan la vida.

Cuando se confronta la realidad bajocaucana aparecen fenómenos sociales como irracionales, porque lo ‘más racional’ en el presente siglo es detener el deterioro de la vida o medir todo con criterio de vida, es decir, preguntarse por cuánta vida se genera en una acción y que, al parecer, los actores principales del Bajo Cauca no los manejan, porque chocaría con sus privilegios acumulados, porque saben que viven y comen de la explotación, en apariencia natural, de las múltiples formas de vida.

Al ver tales irracionalidades en esta región donde viví algunos meses en el 2021, comienza una ‘meditación geográfica’ sobre el poder, a preguntarme por las imaginaciones geográficas de las personas y el comportamiento social en el Bajo Cauca.

No es una tarea fácil entender la complejidad de cómo se produce el espacio en el Bajo Cauca puesto que es dinámico, es múltiple y se reproduce permanentemente en los instrumentos de planeación territorial, en los discursos políticos-electorales, en los horizontes de vida de las personas, en las técnicas, en los diálogos cotidianos y en los conflictos y paros armados. Incluso, la vida de las personas transcurre en esta estructura que controla cuerpos y paisajes y desde allí se desarrolla. Es de tal tamaño que nada ni nadie escapa y están a disposición de lo que dictamine el poder.

Por ejemplo, era común pasar de un paisaje ganadero a un paisaje minero y luego a un paisaje de monocultivo de arroz, es decir, se pasaba de un control a otro con sus propias dinámicas, discursos y problemas y, por supuesto, con sus conflictos. Las discusiones con los habitantes giraban sobre tales actividades económicas porque esa era su realidad. Incluso, está en los deseos de reproducir dicho paisaje cuando sentencian que sus sueños es tener cuatro o cinco búfalos, algunas hectáreas de arroz y/o tener un ‘buldócer’ para extraer oro y volverse rico. Todos estos deseos tienen consecuencias espaciales, es decir, relacionales que produce un tipo de vida con su respectiva humanidad. En efecto, esto es un problema constitutivamente geográfico porque hay ensamblajes de una serie de relaciones que anima y reproduce un tipo de vida en la tierra.

Pero como toda investigación siempre es metodológica, se puede organizar esta realidad mediante un pensamiento con algunas categorías que resultan del contacto directo con la región y sus dinámicas, ya sea porque se las observa y se las escucha, o porque hay un acercamiento con la historia. Fue así como emergió la estructura espacial de poder con cuatro características constitutivas siendo la minería, la ganadería, la coca y la represa la forma en como se ha construido su desarrollo. Análogamente, apareció el conflicto socioambiental y la lucha por el espacio desde las geografías imaginadas de los actores con poder y los habitantes que aún guardan la esperanza de ver paisajes hidroculturales.

En los diálogos con diferentes comunidades (entrevistas colectivas o grupos focales) en el marco de un proyecto de educación ambiental sobre ecosistemas cenagosos en esta región, los problemas ambientales nombrados respondían usualmente a las macro tendencias mencionadas. Mi lugar dentro de este proceso era sistematizar tal proyecto. No obstante, el contenido tratado aquí concierne netamente a una preocupación personal por la geografía y sus problemas epistemológicos, de cómo conectar el concepto espacial en contexto geográfico, que no era y ni fue una preocupación de la institución que financiaba el proyecto, porque sus alcances y preocupaciones eran otros y respondían a meros indicadores de producto.

De esta manera, se fueron cristalizando aspectos críticos para construir lo que se intenta develar en este trabajo. Además de los diálogos, se recurrió a fuentes secundarias, especialmente sobre la historia ambiental de esta zona. Por otro lado, aspecto no menos importante, consistió en la búsqueda de datos espaciales sobre la región, encaminados a construir una cartografía sobre ‘usos de suelo’ que mostrará las cuatro macro tendencias en la tenencia de la tierra en la actualidad.

Paralelamente, se recopilaron datos sobre conflictos socioambientales como resultado de los diálogos en diferentes veredas y corregimientos de Tarazá, Cáceres, Caucasia y en Nechí. Estos fueron georreferenciados para obtener otra cartografía que permitiera determinar la relación entre estructura y conflicto.

Abordar un tema tan amplio como este se requiere de muchos elementos para darle más coherencia al planteamiento propuesto. No obstante, los elementos expuestos aquí y propios de esta región bajocaucana, brindan aspectos empíricos para empezar a organizar tales ideas. A continuación, se presentan las cuatro macro tendencias y los conflictos socioambientales.

De la minería estacional originaria a la minería colonial

Como suele señalarse el poblamiento de la región ocurrió con las comunidades indígenas Zenú, provenientes de la depresión momposina o las partes bajas de las sabanas de Córdoba, Sucre y Bolívar. Estos configuraron asentamientos (viviendas aisladas o aldeas) sobre los vértices de los principales ríos como San Jorge, Magdalena, el Cauca y el Nechí. Esta población existió entre 200 aC hasta 1600 dC (Portillo, 2019).

Dado el conocimiento en el manejo hidráulico de las áreas de inundación por parte de los Zenús, éstas comunidades lograron penetrar hacia dentro de la región mediante la construcción de sofisticados canales para controlar grandes volúmenes de agua, transformando las condiciones ambientales de la tierra para hacerla más fértil, segura y tener un centro de reservorios de agua (camellones) en épocas de sequía. Estas comunidades ponían las inundaciones al servicio de los cultivos, la pesca y el transporte destacándose una ‘vida anfibia’.

Cuando el nivel del río bajaba y las aguas se retiraban de las áreas de inundación, las comunidades ‘limpiaban’ los canales para tomar el limo fértil del suelo, aprovechando los ‘sedimentos’, el lodo rico en nutrientes y emplearlos en el enriquecimiento de la tierra para tener buenos cultivos de maíz, yuca, pita, ñame, batata. En ese sentido, el desborde de los ríos era una bendición porque ‘abonaba la tierra’. En dichos canales se realizaba, también, una pesca controlada en abundancia. Muchos de los canales construidos conectaron ríos y ciénagas y, sobre esto, se edificó la ‘cultura hidroagrícola’.

Otro aspecto no menos importante, fue el desarrollo de la técnica semi-filigrana. El empleo de esta técnica permitió producir adornos finos usando “aleaciones con un alto grado de oro que representaran aspectos de su cultura, fundamentalmente aves acuáticas, caimanes, peces, gatos, ciervos y demás animales que eran fuentes de alimentos” (Portillo, 2019).

Lo que se quiere rescatar con esta pequeña historia ambiental precolombina, es un saber que supo interpretar las interacciones entre el agua y la tierra. Un saber que se adaptó a las condiciones cambiantes de la región, teniendo como centro el aprovechamiento de las inundaciones como factor de domesticación del espacio y de allí a la producción de alimentos. Dicho proceso de domesticación implicó un conocimiento de los calendarios de la inundación para saber ‘planear y organizar la fuerza de trabajo’ en función de la minería, la pesca y la alimentación. Es así como el ‘saber ambiental’ de una determinada comunidad supo intercalar diferentes actividades sin afectar

los ecosistemas, teniendo como centro las inundaciones para lograr una ‘minería estacional originaria’, puesto que de lo que se trataba era de aprovechar el mineral y su renovación aluvial y no su agotamiento. Así fue como esta comunidad marcó la tierra, es decir, construyó su propia geografía.

Ahora bien, el proyecto de llevar la civilización moderna por medio de la conquista y colonización propició una ‘parálisis cultura’ (Memmi, 1956), que dejó suspendido un ideal de apropiación territorial para darle paso a la explotación de la tierra, que sería el fundamento bajo el cual se construye la imagen del Bajo Cauca para luego ser proyectada hacia el futuro como despensa minera. Esta región se va concibiendo el ‘protoregimen extractivista’ en Antioquia (Machado, 2015), apoyado por el proceso de poblamiento, mediante olas migratorias articuladas con la extracción del oro, principalmente en el Río Nechí y algunos bordes del Río Cauca.

En el siglo XVI la población nativa del lugar (zenúes, malubues, Nutabaes, Yemecies y Guamucoes) fue reducida por la viruela traída por los conquistadores, quienes fundaron asentamientos como Cáceres en 1576 configurando un distrito desde Valdivia hasta el Río Nechí, espacio que le pertenecía a los Nutabaes.

Dicho control sobre la tierra permitió el acceso y saqueo del oro y la espectacular profanación de tumbas, dado que los conquistadores sospechaban sobre los cuerpos enterrados en esta región los acompañaba este mineral. Cabe destacar que el oro para los Zenues simbolizaba el renacer en el inframundo, de tal manera que muchas tumbas fueron saqueadas para extraer este mineral, aspecto que permitió deducir las potencialidades mineras en la región, además por los objetos ya vistos en la circulación entre comunidades.

Esta región fue articulada al mundo moderno, pero mediante la toma violenta de las tierras destinadas a la explotación aurífera. Muchos de los pueblos localizados en las márgenes del río Cauca y Nechí fueron sometidos a trabajos forzosos en las minas de aluvión. Asimismo, fueron traídos africanos secuestrados para profundizar la extracción. Estos aprendieron las prácticas de los nativos sobre esta actividad y se fue consolidando la ‘minería colonial’.

Cabe resaltar que, junto con este proceso de colonización, llega la idea de concebir la tierra como propiedad privada que sirvió de fundamento para la expropiación. Fragmentar el espacio y la ecología configuró otra historia ambiental en la región. En la actualidad, por ejemplo, la empresa Mineros S A, cuyos accionistas mayoritarios son los bancos Colpatria y el Grupo Aval, y que hacen presencia en el Río Nechí, respalda su legalidad en reconocimientos de títulos de propiedad del periodo colonial (Rudas Lleras & Espitia Zamora, 2013, p. 50).

Los títulos mineros de esta empresa están registrados como Propiedad Privada Colonial (RPP) –Títulos a perpetuidad otorga propiedad del suelo y el subsuelo y prácticamente son exonerados de impuestos–, que obtiene el 85% del oro que exporta y las regalías que paga son un ínfimo 0,4% (Vallejo Duquei & Insuasty Rodríguezii, 2021). En la actualidad, esta zona

bajocaucana se ha configurado como el área ‘dorada de Antioquia’, dado que es la región de mayor extracción de oro a nivel nacional y departamental³.

La colonización del hoy Bajo Cauca configuró ‘otra historia ambiental’ que obedeció a la acumulación por desposesión (Harvey, 2014) de la tierra, del agua y de los minerales. La crisis ambiental que vive en la actualidad esta región tiene como origen la destrucción de las dos fuentes de vida: la explotación del trabajo humano de comunidades originarias y negras y la naturaleza (Marx, 2011). Esta crisis ambiental tiene raíces históricas que es necesario develar para entender por qué una salida que propenda por la conservación y protección de los ecosistemas resulta tan difícil y tensionante, puesto que se confronta con una lógica extractiva de larga duración bajo la cual fue creada la región. Esta historia ambiental inicia cuando se destruye el saber de la ‘minería estacional originaria’.

En el siglo XVII fueron fundados varios centros poblados como Nechí en 1636, lugar de paso de mineros, comerciantes y campamentos de descanso para los viajeros que venían desde diferentes lugares a través del Río Cauca y Nechí. Quizás Nechí, por su ubicación geoestratégica, se mantuvo como ‘territorio fronterizo’ por ser el centro de acopio y de distribución de bienes y servicios fluviales que provenían de Córdoba, Bolívar y Sucre tanto para la Provincia de Santa Fe y Cáceres como para Zaragoza. Si bien en la actualidad, aún se mantienen dinámicas de intercambio fluvial, el centro urbano más importante es Caucasia, donde se concentra gran parte del capital en la región por los desarrollos de conexión vial como la troncal de la costa y la troncal de la paz.

Es una época de reordenamiento de los territorios a los circuitos de acumulación extractiva. También es una época de caída y auge de la extracción minera (oro) dados los nuevos hallazgos metalogenéticos en otras regiones del departamento, las migraciones de diferentes grupos poblacionales y un proceso de mestización creciente. En este periodo colonial se van configurando asentamientos bien definidos por grupos poblacionales como los indígenas y comunidades afro a lo largo del río Cauca y en los centros urbanos los mestizos o criollos. Comienzan a aparecer caseríos y aldeas como Margento (1650), donde ya había presencia de los Zenús. Explica García que “estos asentamientos que datan del siglo XVI y XVII se caracterizaron por conservar un patrón nucleado con pequeños centros de población dispersa y en constante movimiento por estar asociados a minería y, por ende, a la búsqueda de yacimientos de oro para su aprovechamiento” (García Alvarez, 2018).

Así, los procesos migratorios motivados por el auge aurífero, propició una organización de la fuerza de trabajo en diversas zonas del Bajo Cauca, siendo la causa principal del poblamiento en la región. Conforme se fueron identificando las potencialidades auríferas sobre el lecho de los ríos, configuraban caseríos al servicio de los colonizadores dependiendo de los métodos mineros. Por supuesto, este tipo de migración rompe con la ‘estabilidad ambiental’, dado que para los pueblos indígenas la minería era comprendida como una actividad estacional, esto es, dependiendo del año, especialmente en épocas de inundación, era intercalada con actividades de pesca y la agricultura.

³ Así mismo de las 848.500 has. que corresponden a la subregión del Bajo Cauca antioqueño, 185.641 has. se encuentran tituladas para la extracción de oro lo que representa el 22% de todo el territorio de la subregión (Defensoría del Pueblo, 2015)

La colonización propició un cambio de dicha estacionalidad puesto que alteró espacial y temporalmente el ciclo de trabajo entre la minería, la pesca y la agricultura. Lo importante para los colonizadores era la fe depositada en el oro como fuente de riqueza, una fe que impuso un nuevo patrón de organización del territorio y de la naturaleza, sacando la minería del ‘ciclo reproductivo estacional hacia el ciclo de acumulación a perpetuidad’, propiciando las transformaciones en las dinámicas acuáticas y ambientales.

La ‘parálisis cultura’ que propició la colonización implicó modificar el espacio bajocaucano en razón de la explotación y dominio sobre el oro, para darle paso a la visión conquistadora como régimen territorial y de verdad, esto es, desarrollar otra forma de vida a imagen y semejanza del conquistador. Esta visión se cristalizó con fuerza en el siglo XX con la instalación de grandes empresas transnacionales que han construido y perfeccionado a esta región como la gran despensa mineral.

Potrerización señorial de las tierras

Mediante la entrada en operaciones de otros centros mineros en Antioquia y en Colombia, la economía colonial minera se ve afectada en esta región, propiciando olas migratorias hacia otros destinos a la vez que aumentaba las rebeliones de los esclavizados, incluyendo las luchas por la independencia en el siglo XIX. Al caer la actividad minera, se va desdibujando la idea de región desde esta vocación principal, causando a la postre despoblamientos. Si bien es cierto que, de acuerdo con García (1993), la región vivió un proceso de despoblamiento por la caída de los precios internacionales del oro, la salida de capitales y los hallazgos mineros en otras regiones, también es cierto que esta parte de Antioquia quedó marcada como ‘despensa de oro’. No obstante, comienza a instalarse un tipo de economía para completar el ‘cuadro extractivista’ en la región: la concentración de la tierra y, con esto, la cimentación del punto de vista señorial de las relaciones sociales y con la naturaleza.

El latifundismo es la modalidad en la tenencia de la tierra que comienza de forma incipiente en el siglo XIX en la región, pero no será hasta la entrada del siglo XX que se desarrollará a plenitud. Hoy en día esta región es considerada como una de las fuentes cárnicas más importantes del país. En la actualidad, del área total del Bajo Cauca, el 49% (415.719 hectáreas) de las tierras están destinadas para el levante y ceba de ganado bovino (PNUD, 2011). Asimismo, una minoría de propietarios poseen el 97.7% de la tierra. Un caso representativo son los hermanos Angulo Osorio que acumulan gran parte de las tierras en municipios de Cauca, Cáceres y Nechí.

Sin embargo, desde la década de los años 30 del siglo pasado se inicia “el auge de la apertura de nuevas tierras y la consolidación de las fincas ganaderas en el Bajo Cauca hasta la década del 70” (Villegas, González, & Rueda, 2009), generando, por supuesto, una acumulación desigual de la tierra.

El pleno establecimiento de la ganadería en el Bajo Cauca modificará los centros de poder que había en aquel tiempo, como Cáceres y Nechí, localidades que eran muy importantes desde el punto de vista de la distribución comercial y de autoridad política sobre los minerales, poniendo a

Caucasia como nuevo eje de poder por su localización topográfica que favorecía el latifundismo ganadero. Si bien desde la colonia se implantó el ganado como actividad anexa-alimentaria para suministrar carne, sebo y cueros a las minas de Zaragoza y Cáceres, no fue hasta el siglo XIX cuando se inicia con la ‘potrerización’ para abastecer otros centros urbanos como Medellín y municipios anexos.

Gracias al proceso de despoblamiento por la caída de los precios del oro a principios del siglo XX hasta la década del 30 y debido a otros emprendimientos extractivista en diferentes partes de Antioquia, la ganadería toma su auge para suplir la demanda de alimentos, reemplazando parcialmente la minería e incorporándose de forma definitiva en la economía regional como eje de ‘desarrollo pecuario’. (Villegas, González, & Rueda, 2009), teniendo a Caucasia como la nueva puerta de entrada y de frontera con la costa caribeña.

Esto motivó la colonización antioqueña mediante la invasión y compra de grandes extensiones de tierra en la región, colonización que se extendió hasta las tierras de Córdoba ‘cortando bosques’ sin piedad como forma de relacionamiento con la ‘maleza’ propia de la mentalidad ganadera.

Aquí tenemos otro aspecto que se adiciona a la historia ambiental para el Bajo Cauca, que al final también es la historia de las ideas de concebir a otras formas de vida como objetos de dominio desde la visión señorialista-gamonal sobre la naturaleza.

Explican Villegas, González, Rueda que ‘descuajar la montaña’ fue el parámetro de la colonización que desde mediados del XIX iniciado en Cañafistula (Caucasia), cuyos primeros colonos provenían de Ayapel y se localizaron en el barrio La Envidia y Pueblo Viejo gracias a la fertilidad de sus suelos. ‘Abrir el monte’ trajo nuevos pobladores del sur de Bolívar, de Medellín, Magangué y Zaragoza. De allí, el llamado acento chilapo, una mezcla de antioqueño con costeño.

Aquí la figura del vaquero y el capataz comienza a tener un protagonismo por la necesidad de arrear el ganado hacia el interior de Antioquia y hacia la costa caribeña. Es decir, con la modificación del espacio emergen nuevas figuras ‘laboriosas’ de progreso sobre la naturaleza, especializando dicha región desde este tipo de técnicas en el espacio.

En las últimas décadas del siglo XIX habían tupidos bosques en el medio y sur del Sinú, el cual llamó la atención de norteamericanos y europeos a quienes se les concedió áreas de explotación tanto de la madera como de implantación de ganado. Según Gloria Isabel Ocampo (1987), anualmente se sacaba de ese bosque dos millones y medio de tablones hacia los Estados Unidos y la explotación franco-belga un millón de tablones. En 1892 las selvas del Sinú ya estaban casi extintas. En ese sentido, la extracción de madera estuvo articulada con la implantación de la ganadería porque se necesitaba ‘limpiar’ el espacio. Este modelo se impuso mediante la denominación de ‘haciendas ganaderas’ en la región.

El bosque húmedo (donde está la biodiversidad tropical) propio de los ecosistemas del Bajo Cauca, era visto como ‘espacio vacío y sacrificial’, puesto que la actividad ganadera necesita de grandes porciones de tierra que permita la rotación de los animales. Junto con esto se profundizó el “sentimiento colonizador gracias a la apertura de tierras a punta de hacha y machete para sembrar

maíz, plátano y arroz principalmente y establecer casa de habitación, además de complementar la labor con algunos ejemplares de ganado vacuno y porcino” (Villegas, González, & Rueda, 2009, p. 190).

La clase propietaria del Bajo Cauca se va constituyendo en conjunto con el ‘desmonte’ para el establecimiento de hatos ganaderos y algunos cultivos no estacionales como el arroz, el cacao y el plátano. Sobre estas actividades se fue adecuando el espacio con pastos artificiales como el Pará y el Yaragua que aportan pocos valores nutritivos al suelo. En ese sentido, la presencia del ganado criollo ayapaleño y el Cebú fueron las ‘razas’ que poblaron el paisaje bajocaucano en la medida que involucraron más espacio, restándole ‘zonas de vida’ a múltiples especies de fauna y flora.

Ya a mediados del siglo XX se afirmaba la consolidación de una industria ganadera porque era la que más riqueza monetaria generaba como resultado de la fuerte concentración de la tierra⁴, lo cual atrajo a grandes inversionistas del resto del país ante el aumento del consumo de carne. Esta industrialización permitió un mejoramiento de las razas, la importación de nuevos pastos, alimentación especializada, una sanidad animal, servicios veterinarios y zootécnicos. Podemos decir, de acuerdo con Villegas (2009), que este proceso demoró unos 40 años entre 1930 a 1970.

A nivel cultural comienza a verse la ‘servidumbre señorial’, reciclando las lógicas coloniales en la subjetividad de diferentes comunidades, pero en contextos de un régimen hacendario de producción ganadera. En el presente cuando alguien se refiere a su superior, usualmente emplean apelativos como señor o señora como parámetro de estratificación social. La mentalidad del capataz está muy viva, donde hay una reverencia ante cualquier ejercicio de la autoridad o ante cualquiera que posea grandes extensiones de tierra.

La potrerización no solamente fue sobre el paisaje, también introdujo valores, principios y actitudes que forjaron la identidad ganadera. Es decir, se construye en el Bajo Cauca una cosmovisión donde la vida humana tiene que forjarse en el trabajo guiado por la misericordia de Dios, por una lucha práctica y técnica sobre la naturaleza. De esta forma, toda cosmovisión sale a flote cuando nos referimos y decidimos qué hacer con la naturaleza. Por eso es que la potrerización no es solamente una expresión paisajística, es también un horizonte de sentido que guía la conducta humana y que en el Bajo Cauca ha tenido fuerza en la gestión ambiental. Cabe resaltar que la subjetividad humana depende en última de cómo se concibe las otras formas de vida que están en la ‘naturaleza’ como diría Juan José Bautista (2015).

En ese sentido, durante este ‘cambio de época’ (1930-1970) se inicia una transición alimentaria, poblacional, paisajística y cultural. Si bien desde la colonia, pasando por diversos momentos claves relatados hasta ahora, ha propiciado cambios en la historia ambiental regional, es en este lapso de tiempo donde se instala y se entremezcla dos procesos: la minería y la ganadería en detrimento de las actividades pesqueras y de la destrucción de los ecosistemas cenagosos, puesto que se ubicaron en la zona rural y con esto un crecimiento de la población dispersa.

⁴ A 2004 la concentración de la tierra en el Bajo Cauca tenía en el siguiente indicador el 52% de los propietarios de la mediana y gran propiedad poseen el 97,9% de la superficie, mientras el 2,1% del área la conservan los pequeños propietarios (Mora & Muñoz, 2008).

Ilustrando un caso de este tipo de poblamiento Villegas, González, Rueda explican el crecimiento en Caucasia

“En 1949 había 7.000 habitantes. Once años después existían cerca de 16.000 personas, de éstas solamente 6.000 estaban asentadas en el casco urbano y el resto en el área rural, situación atribuida a la agricultura, la ganadería y el comercio que representaban un desarrollo material pujante. En 1967, es decir siete años después, la población estaba estimada en 24.933 personas, de ellas 5.959 estaban en el área urbana y 18.974 en la parte rural, lo que puede darnos indicio de la importancia del sector rural, teniendo en cuenta que el auge de la minería en la zona sólo comenzaría en los setenta ante el aumento de los precios internacionales del oro” (Villegas, González, & Rueda, 2009, p. 189).

Junto con este crecimiento poblacional hay un aumento sustantivo de la producción pecuaria

“el impulso ganadero y agrícola en los primeros 70 años del siglo XX, son cruciales para la constitución de Caucasia como ‘despensa de Antioquia’ y centro de actividades mineras en el departamento. Según datos de 2004, la actividad ganadera ocupó el renglón más amplio con respecto al uso del suelo en toda la región, con un total de 334.438 bovinos y 336.678 hectáreas sembradas en pastos, en áreas ocupadas anteriormente por ‘vegetación natural’. (2009, p. 183).

Paralelamente a la potrerización, la minería recobra la expectativa luego de una pausa por la baja de los precios del oro. Las nuevas olas migratorias provenientes de la Costa Atlántica y en menor medida de Chocó, Cauca, Risaralda, Caldas, Quindío y Tolima marcan un hito importante de poblamiento que aumentará en las siguientes décadas.

En este periodo (1930 – 1970) los precios internacionales del metal se incrementan por la gran depresión, pasando de US \$18,50 por onza troy a US\$35. Este tipo de precios permitió una estabilidad en la actividad minera (PNUD, 2011). No obstante, después de los años 70 dichos precios tuvieron un incremento histórico que propició olas migratorias que se sostienen hasta el día de hoy, agregándole un ingrediente: el conflicto armado y la llegada del narcotráfico del cual aún no sale de la región, ensamblándose en la geografía como nueva tendencia de poder.

Una vez instalada estas dos actividades como horizontes de vida, gran parte de los asentamientos para la época requerían servicios sanitarios, de infraestructura, educativos y de salud. En la actualidad esta región es una de las que mayor presenta índices de pobreza y de miseria en el Departamento de Antioquia⁵, precisamente por el aumento desbordado de la población constituyéndose en un desafío en materia ambiental y sanitaria. Lo que ha enseñado el Bajo Cauca es que cuando hay olas migratorias, el deterioro de los ecosistemas aumenta por la territorialización de la población flotante y que, ante cualquier auge o decadencia económica, avanza la precarización social y el desmonte de la vida natural.

⁵ Los índices de pobreza en porcentaje para las zonas urbanas y rurales que hacen parte del presente convenio a 2016 son: Cáceres 61,25% y 68,48%; Caucasia 48,55% y 70,84%; Nechí 62,40% y 76,67%; Tarazá 62,02% y 61,90%. El índice de pobreza para la región del Bajo Cauca es de 58,96%. (Anuario Estadísticos de Antioquia, 2016)

El otro oro, pero verde: producción cocalera

Otro factor esencial para pensar la geografía crítica en el Bajo Cauca, son la presencia de los cultivos ilícitos aumentando la presión en la conflictividad social, el control de la población y de la naturaleza.

En el Bajo Cauca la producción de cocaína es un tema que genera silencios, temores e incertidumbres en gran parte de la población. No es para menos en un contexto cruzado por la violencia armada, la toma de tierras y el desplazamiento forzado colectivo y por goteo. No obstante, los cultivos de coca por más que se quiera encubrir también determina patrones de organización espacial, controla cuerpos y subjetividades y constituye también impactos ambientales que, si bien no son tan visibles, han tensionado el territorio históricamente.

A la minería y a la ganadería se le suma otro factor espacial como lo han sido los cultivos de coca como áreas de acceso controlado (Sack, 1986). Si bien las dos actividades hegemónicas en la región, esto es, la minería y la ganadería, se la considera viable ante la riqueza mineral y de suelos para pastos y ganados, también es cierto que estas tierras presentan potencialidades para el cultivo de la coca. Estas tres actividades están condicionadas por las variables ambientales favorables a su producción, variables como las lluvias, el clima, los relieves, la disponibilidad del agua, los minerales y, para el caso de los cultivos ilícitos, corredores geoestratégicos como el Parque Nacional Nudo del Paramillo y la Serranía de Ayapel y San Lucas.

Cabe recordar que históricamente los cultivos de coca fueron implantados en el Bajo Cauca por estar cerca del Parque Nacional Nudo del Paramillo, que está cerca de Tarazá y por donde circula gran parte de la producción. En esta zona de conservación están los entables de procesamiento de pasta de coca, puesto que no está permitido realizar operaciones militares o aspersiones dentro de alguna figura de conservación y protección ecológica. De todas formas, la producción de cocaína ocupa espacialmente un lugar en la región y no debe ser ignorado, máxime cuando dicha producción está afectando grandes áreas de conservación ecológica y sistemas cenagosos y ha propiciado una acumulación de capital para el desarrollo de emprendimiento económicos en varios municipios como es el caso de Caucasia.

Los cultivos ilícitos inician en la década del 80 en la zona rural de Cáceres auspiciados por los hermanos Ochoa. El crecimiento de estos cultivos se da por la crisis minera que obligó a los trabajadores a cambiar de actividad económica (Giraldo, Naranjo, Jaramillo, & Duncan, 2011). No obstante, es una actividad ilegal que se ha constituido donde no hay Estado, especialmente en áreas retiradas de los centros urbanos. La ausencia histórica del Estado ha formado la economía ilegal con tentáculos supranacionales, donde los grupos armados han jugado un papel fundamental en este nuevo ejercicio de control territorial en la región y en la reorganización de la naturaleza.

Los ecosistemas se transforman por el tipo de trabajo o técnica social empleada para su aprovechamiento. Cuando alguien o un grupo humano tiene dominio de la técnica que transforma la naturaleza, directamente consolida un poder que le da el control o monopolio para su acceso y con esto controla las poblaciones y, por tanto, decide qué se hace y qué no con los ríos, las tierras, las ciénagas y con las personas. Los que controlan la producción técnica de los cultivos ilícitos han

sido los grupos armados quienes requieren más áreas y fuerza de trabajo que incorporar para ejercer su poder.

En el municipio de Nechí los pescadores se han visto afectados por estos nuevos actores desde hace 30 años. En la Ciénaga el Sapo, en Puerto Astilla, los grupos armados han restringido los horarios y los días de pesca en las ciénagas como mecanismo de presión para obligar a los pescadores o poblaciones a emplearse en los cultivos ilícitos por un jornal. Este fue el mecanismo por el cual muchas personas se articularon con este tipo de economía, mediante la figura de los raspachines. Aún en San Jacinto se debe pedir permiso para pescar.

Lejos de ser una actitud conservacionista que muchos estudiosos le atribuyen al conflicto armado por mantener áreas vedadas al capital, más bien la interpretación desde lo que enseña la experiencia del Bajo Cauca, tiene que ver en cómo los grupos armados han encontrado ‘espacialmente’ mecanismos de presión para involucrar comunidades a los circuitos de la economía ilegal. Otro mecanismo fue prohibir el trasmallo de ojo pequeño, puesto que gran parte de la población tiene este tipo de mallas. En ese sentido, los grupos armados han encontrado técnicas espaciales para controlar las relaciones que hacen posible una cultura, para imponer su propia práctica ilícita cocalera.

No hay que olvidar que los pescadores de las ciénagas históricamente han sido afectados por las prácticas insostenibles de la minería en la zona, como ha sido la sedimentación de éstas y la contaminación por mercurio. De igual forma, muchos pescadores que tienen un conocimiento de los lugares por donde circulan los pescados que suelen ser llamados ‘lances fijos’, han sido destruidos por los ‘dragones’. A este tipo de afectaciones, se le debe de agregar la restricción de movilizar su cultura porque se ha implantado otro régimen sobre la tierra ajeno a la interacción con la ciénaga.

Restarle espacio al otro es una forma de organizar la libertad en función del orden ilícito de la droga que empieza con la toma de la tierra, lo cual obliga a sustituir los medios de subsistencia para incorporarse a los medios de existencia de los criminales que han hecho del Bajo Cauca un gran centro de operaciones con la coca, puesto que ‘el que no cultive se tiene que ir’ (Lombo Delgado, 2019).

Por supuesto, las zonas alejadas de los centros urbanos de Tarazá, Cáceres y Nechí donde están los cultivos ilícitos, se observan montañas que son cubiertas por este cultivo, deja entrever la tala de bosques con el tiempo. Según el Sistema Integrado de Monitoreo de Cultivos Ilícitos, SIMCI de las Naciones Unidas, la región registró un pico en el área de la siembra con 3.740 hectáreas cultivadas, que equivalía al 58% del total de la coca sembrada en el Departamento de Antioquia.

Si bien es cierto que, gracias a la erradicación manual, el auge minero por los precios de oro en aumento y los programas de sustitución de cultivos, tales áreas ilícitas de siembre han disminuido considerablemente, no significa que los grupos armados hayan desaparecido, al contrario, se han reorganizado según las dinámicas de la región encontrando en la minería ilegal mejores rentas fijas por la guerra contra las drogas. Además de la desmovilización de los grupos irregulares como las FARC, otros han aprovechado el espacio sin poder para ‘coparlo’.

La historia ambiental planteada hasta ahora, debe de leerse desde la reconfiguración del poder sobre estas áreas. Por ejemplo, cuando los bloques Mineros y Central de Bolívar de las Autodefensas se desmovilizaron en el 2006, diferentes grupos armados desataron una guerra para ocupar estos espacios. Lo mismo ha sucedido con la desmovilización de los frentes 18 y 36 de la FARC que hacían presencia en la zona, grupos armados como el Clan del Golfo, los Caparros y el ELN han aprovechado esta brecha territorial para aumentar su influencia. Al punto que, en los recientes informes sobre el tema advierten de un retorno de esta actividad ilícita cuando se combate a la minería ilegal⁶, por la ausencia del Estado y por la presencia de diferentes actores armados. En definitiva, la geografía bajo Cauca se mueve por el comportamiento del conflicto armado.

El aumento del ‘oro verde’ propició una bonanza económica en la medida que eran pobladas y desmontadas las montañas desde los años 90 y el inicio del presente siglo con este cultivo. En el 2004 la policía antinarcóticos intensificó la erradicación de los cultivos de coca vía aspersión aérea y en el 2006 inició la erradicación manual, luego de la desmovilización de grupos paramilitares en la zona.

Ahora bien, además de la deforestación y de las áreas degradadas para la producción del alcaloide, las aspersiones con glifosato como política antinarcóticos usada en los años anteriores y suspendida por la Corte Constitucional en el 2015 bajo el principio de precaución, dado que esta sustancia es probablemente cancerinogénica para los humanos, también afecta la biodiversidad biológica porque dicho herbicida no es una sustancia selectiva⁷. Según la WWF las aspersiones con glifosato “reducen la tasa de supervivencia y afectan el desarrollo en especies de animales como el cangrejo, la tortuga, la rana, peces, larvas de salamandra y embriones de erizos de mar. Además, altera el comportamiento y el sistema endocrino en peces” (WWF, 2021).

El Bajo Cauca no ha sido ajeno a este proceso. Este tipo de intervenciones generó procesos de movilización de campesinos por el uso del glifosato puesto que sus cultivos como el plátano, yuca, cacao, caucho, maíz y frijoles se vieron afectados. En la primera década del presente siglo muchos habitantes decidieron abandonar el cultivo de coca, y apostarle a la agricultura. Sin embargo, a pesar de la certificación sobre la inexistencia de estos cultivos por parte de las entidades responsables de la política de sustitución, continuaron las fumigaciones sobre dichas áreas quemando todo medio de subsistencia, empobreciendo más a las comunidades. Estos aspectos quedan en la memoria de las comunidades y por supuesto en la memoria de la tierra.

⁶ Una de las características de la estructura espacial del Bajo Cauca antioqueño son los ciclos de escala entre Estado, sociedad y grupos armados. Cuando se combate la minería ilegal por parte de la fuerza pública mediante la quema de maquinaria, salen los mineros formales e informales para exigir garantías sociales. Lo mismo sucede con las familias empleadas como raspachines en zonas de combate a la producción de cocaína. Dicho de otra forma, cuando se toca una filigrana de esta estructura, automáticamente emerge el conflicto, se presentan amenazas, muertes y bloqueos, de tal forma, que una de las maneras de gestionar esta región por su pasado es la estabilización del conflicto más que en su resolución. Esta estabilización es lo que permite mantener las condiciones que producen el desarrollo desigual en la región. De hecho, desde el punto de vista político se dice que esta zona es ‘una papa caliente’, que en cualquier momento explota porque la historia regional así y se lo enseña.

⁷⁷ No será hasta el 2010 cuando se comprueba que el glifosato afecta la salud de los peces, puesto que la enzima que regula el antioxidante de los organismos de estos animales disminuye afectando su ciclo de crecimiento y reproducción. (Cruz Baena, 2011).

Riesgo a la carta: escenarios ante una represa en crisis

Ulrich Beck (2002) había sentenciado que, ante cada proyecto moderno, el riesgo determina el relacionamiento social en un lugar.

El proyecto de Hidroituango ubicado en el municipio de Ituango no escapa del riesgo que es constitutivo a las sociedades que aspiran a modernizarse, dado que siempre conlleva una posible afectación al alterar los ciclos de la vida. Ahora bien, se puede decir que la presa de Hidroituango se ha sumado al deterioro ecológico en el Bajo Cauca, convirtiéndose en la nueva tendencia e influencia en la región para apaciguar los miedos, encubrir la crítica al proyecto y generar legitimación social, como en su momento lo hicieron los otros actores mencionados⁸ que crearon figuras laboriosas, instalaron valores sociales e imaginarios geográficos.

Dicho proyecto está ubicado en la región del Norte de Antioquia, pero tiene una influencia directa en el Bajo Cauca dado el represamiento del segundo río más importante de Colombia, el Cauca, cuya secuela es un río controlado que perdió su dinámica acuática relativa a las subidas y una fractura ecológica de la vida en la región.

Este nuevo actor entra a disputarse los significados de la naturaleza, desde una perspectiva *hidrocrática* (González, 2016), esto es, cómo un actor (ingenieros) adapta el lugar a sus intereses, produciendo una realidad a su conveniencia, construyendo un nuevo paradigma en las formas de relacionamiento social con el riesgo, involucrando nuevos relatos, modelaciones y visiones de mundo, incluyendo la autoridad técnica de cómo deben ser los territorios y el río, incluso, incidiendo en la toma de decisiones donde no participan las comunidades afectadas. En ese sentido, dicha perspectiva se ensambla con los poderes instituidos en la región, pero desde un ‘factor de riesgo’ que ha quedado en la memoria local por la alteración del río y de los ecosistemas.

La crisis del 2018 ante el colapso de uno de los túneles de desviación del Cauca, propició una disminución del caudal aguas abajo mientras se llenaba el muro de 225 metros de altura. Posteriormente, el túnel colapsado se destapó por presión del agua, produciendo una avenida torrencial “que destruyó viviendas e infraestructuras comunitarias como puentes, hospitales, escuelas, iglesias, cementerios con enterramientos de víctimas del conflicto” (Zuleta, 2021). En ese sentido, se fue configurando el miedo al ver fácticamente como el caudal del día disminuyó a 1,5 metros y miles de peces quedaron atrapados en las zonas secas y que no alcanzaron a migrar hacia aguas abajo. No obstante, hay que reconocer que lo que se afectó no solamente fue un río, sino todo un ecosistema y junto con éste las comunidades que dependen de estos para vivir.

Si bien el caudal del río fue recuperado al tiempo, no es el mismo tiempo que necesita un ecosistema para recuperarse a su estado inicial, afectando los medios de subsistencia. Adicional a esto, se sabe que los caudales son regulados por la necesidad de turbinado continuo y en general, en temporadas de lluvias se incrementan los niveles del embalse superando su capacidad de almacenamiento, requiriendo con ello la apertura de las compuertas (Mayorca Torres & Muñoz Lizarazo, 2017), lo cual aumenta el caudal en las zonas aguas abajo de los embalses. Junto con esto, “se va deteriorando el caudal sólido drásticamente, propiciando proceso de erosión, lo cual

⁸ Todo proyecto de compensación ambiental en la región no escapa de estos alcances que promueve Empresas Públicas de Medellín, la Gobernación de Antioquia y demás actores articulados promotores de este proyecto.

redundará en la disminución de la pendiente al margen del río y un aumento del tamaño granulométrico del sedimento, produciendo un cambio al margen, ancho y profundidad del río” (Basile, 2018, p. 20).

Desde esto, el impacto en el Bajo Cauca gira en dos sentidos, el primero en la producción del miedo por una posible ruptura y/o avenidas torrenciales y, segundo, por el deterioro del río que ha afectado los sistemas de subsistencia (pesca), dado que los habitantes ‘perciben’ una disminución de tal actividad. En ese sentido, se fracturó un servicio ecosistémico que brinda el río a las comunidades aledañas.

Frente a esto, en la región se ha extendido un discurso de la ‘seguridad’ frente a la presa por parte de EPM, con el objeto de contrarrestar la visión local de los habitantes sobre el peligro inminente. De igual forma, se les enseña a las comunidades impactadas por el proyecto como cuidar los ecosistemas cenagosos, hacer repoblamiento de peces, se les habla de la importancia de ahorrar energía en sus hogares, les inculcan la importancia de los derechos humanos, del entorno sociopolítico, democrático y el reconocimiento de la diversidad cultural, se les entrega dotación, prendas, chalecos, cuadernos y un sinfín de actividades para decir que EPM está ‘cada vez más cerca de ti’, en el marco de unas compensaciones ambientales por los daños causados. Esta institución pública actúa como si fuera una multinacional, es decir, ganar legitimidad y adeptos ante un proyecto profundamente cuestionado que la élite regional sacó a la fuerza porque al Departamento con sus potencialidades ambientales se lo ve como mero recurso, se lo ve lleno como embalse.

No obstante, EPM, como los otros actores históricos ya mencionados, vienen hablando de un modelo de integración territorial al 2070, donde va tener una incidencia para asegurar un protagonismo regional ante una región que es vista como carente y de mucha necesidad, para llevar su desarrollo. De hecho, ha instalado nuevas figuras laboriosas como los gestores o voceros comunitarios afros e indígenas generando empleo mediante algunos estímulos económicos, no salarios, a personas que llevan información en la comunidad, identifican quienes se oponen al proyecto y sirven a la conveniencia de las compensaciones e intereses de esta ‘entidad pública’. Esto ha motivado la división social al interior de las comunidades porque algunas se oponen a este proyecto. Ni que decir de las compensaciones ambientales por medio de la financiación de proyectos que las mismas comunidades construyen y ejecutan para restaurar los ecosistemas de ciénaga, a costa del trabajo gratuito sólo para mostrar un indicador de producto, más no un verdadero impacto ambiental. De esta forma, EPM está construyendo la confianza en un territorio donde nunca estuvo, pero gracias a la sistemática estrategia de comunicación que, debe decirse, ha logrado una legitimación como actor clave en la gestión ambiental de esta zona.

Actualmente, el miedo en las comunidades y el deterioro de los ecosistemas aún no para, puesto que el proyecto está en fase de iniciar prendido de turbinas, lo cual ha propiciado una nueva escalada en la tensión ante una posible evacuación de las comunidades, imponiendo un régimen energético e *hidrocrático* en la región reactualizado ante cada crisis. Este es un riesgo a perpetuidad.

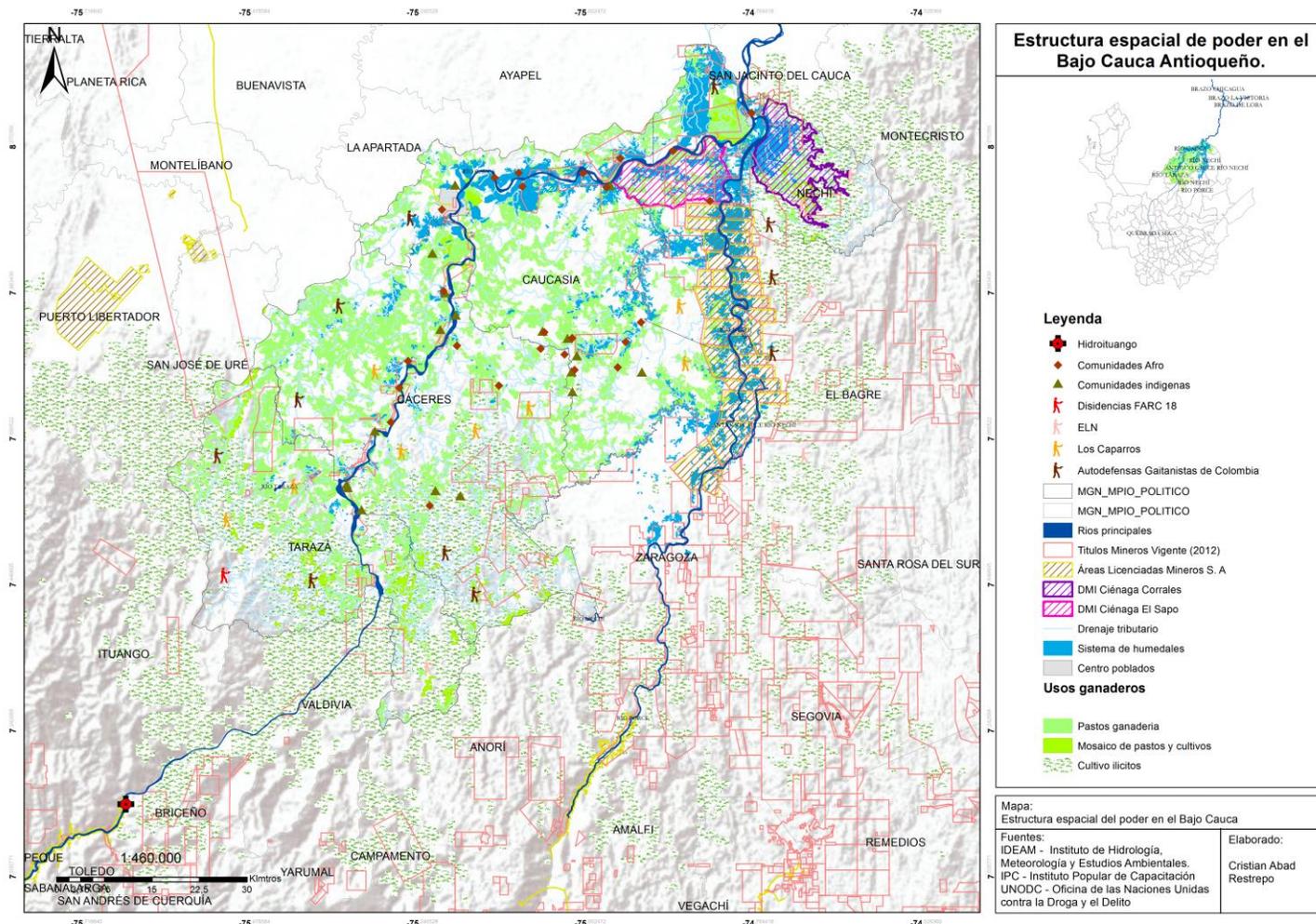
Lo mencionado hasta el momento da cuenta de cómo se ha estructurado el espacio de poder sobre el Bajo Cauca, involucrando la historia ambiental de cómo el capital ha transformado un

paisaje para aprovechar las ‘bondades’ que brinda la naturaleza. Así, se puede decir que el ‘capitalismo de periferia’ se ha instalado en esta región reorganizando la naturaleza a sus propósitos. Cabe resaltar que estas cuatro tendencias de apropiación territorial descritas, a saber, la minería, la ganadería, la producción de hoja de coca e hidroituango configuran realidades diferentes, con sus discursos y especificidades técnicas, pero ensambladas en el presente que redundan en una conflictividad socioambiental, en una democracia limitada y, por puesto, en un agotamiento de la libertad, porque dentro de estas cuatro opciones de vida se enmarca el desarrollo económico de la región.

De acuerdo con lo anterior, los discursos, los lenguajes, la cultura, los conflictos y problemas ambientales están amarrados a esta estructura espacial de poder o, dicho de otra manera, están sujetadas a estos procesos propios del capitalismo periférico. Incluso los sueños, expectativas y formas emancipatorias están supeditadas a esta estructura que configura todo tipo de relación social. Así, la conservación, restauración y protección de los ecosistemas, la garantía de derechos y el bienestar de las comunidades, va a depender de cuán amplia es o se reduce una de las actividades mencionadas a lo largo del tiempo.

Cartografía 1

Estructura espacial de poder en el Bajo Cauca. Construcción Propia.



Conflictos socioambientales como choques entre geografía imaginadas

La cartografía uno propone la simultaneidad de espacios-tiempos en tensión. Cada macro tendencia presenta dinámicas diferentes, pero complementarias entretanto son poderes instalados desde afuera y sobre la región.

Estos espacios-tiempos comprende simultaneidad de modelos de desarrollo territorial porque tienen divergentes significados sobre la naturaleza, sobre qué hacer con la tierra y de allí la creciente conflictividad socioambiental. Ésta es latente y silenciada por los actores que hacen parte

del *establishment*, de allí que se tenga que convivir con el conflicto⁹ no solamente armado, sino socioambiental.

Cabe destacar que muchos habitantes de las comunidades afro e indígenas trabajan en diferentes actividades como ‘satélites’ para apaciguar el conflicto de cada macro tendencia. Por ejemplo, muchos de los denominados voceros comunitarios y guardaciénagas que se ponen la ‘camiseta’ de EPM, trabajan en la minería ilegal y en la ganadería y, desde allí, se va gestando el control social y ‘entronque extractivo’, es decir, cómo los habitantes van circulando por el espacio mediante las dinámicas de trabajo en la ganadería, minería, cultivos de coca y con EPM. Cabe destacar que las alianzas entre minería y ganadería son históricas, puesto que la minería ilegal ha avanzado sobre zonas ganaderas dependiendo de los controles institucionales y de los precios del oro. Dependiendo del poder y de las dinámicas del mercado fácilmente una zona ganadera puede terminar en un área minera o en cultivos de coca y propiciar flujos migratorios.

Los conflictos socioambientales obedecen, esencialmente, al impacto sobre el sistema alimentario de las comunidades que dependen de las actividades pesqueras, dado que hay un acceso desigual a los bienes y servicios ambientales y, por supuesto, dichos conflictos están relacionados con las ‘geografías imaginadas’ asociados a la abundancia y a la riqueza natural por parte de los habitantes locales que guardan paisajes memorables y chocan con los procesos extractivos. Estos dos escenarios pasados y presentes, hacen de un futuro menos esperanzador, dado que hay frustraciones de muchas comunidades al ver y sentir el deterioro progresivo de los ecosistemas, especialmente los humedales.

En algunas entrevistas colectivas, las geografías imaginadas sobre los humedales emergieron en las comunidades cuando se recurrió al pasado. Es imposible traer la memoria al presente sin una referencia espacial, sin una imaginación arraigada a un lugar en particular. Dicho de otra forma, cuando se hace ‘memoria geográfica’ (cómo era el territorio antes) hay estímulos corporales incitados al imaginar la geografía.

Al respecto, diferentes habitantes manifestaron que

“Cierro los ojos y sueño que la ciénaga vuelve hacer como la de antes, la veo limpia, sin tanta suciedad, la veo llena de peces y la veo con el agua clara y con abundancia, sueño que tiro la atarraya y es como antes que la gente vivía muy bien, que cogíamos de todo”... “la ciénaga era, una ciénaga limpia y había bastantes animales y pescados, cuando vine yo cogíamos pescados en cantidad, cogía de 50 a 100 pescados, había más habitantes, había mucho ponche, pájaros, garzas, de todo eso abunda bastante. Había cantidad de peces, se veía la mancha de peces y uno tiraba la tarraya y se los cogía, era muy bueno porque no tenía que ir muy lejos, aquí mismo obtenemos nuestro sustento, cuando no eran peces era cualquier animalito que se cogía uno. Las aguas eran azulosas”.

(Vereda la Galandria)

⁹ Cabe destacar que en el 2020 el Bajo Cauca fue una de las regiones más violentas de Colombia, con un saldo de 54 asesinatos, 27 amenazas y un atentado a líderes sociales según la comisión de la verdad (Comisión de la verdad, 2022, p. 15).

“la vida era muy feliz en el pasado. Todo era abundancia de comida. El clima era más reposado, fresco y se trabajaba con machete. La ciénega era limpia y profunda. “Cuando nos referimos a abundancia nos referimos a muchas especies. Se bañaban por diversión, lavaban la ropa y hasta utilizaban el agua de la quebrada para su consumo. En tiempos de verano se podían meter más adentro de la ciénega”. (Corregimiento Palomar)

“Mi papá era pescador, en esos tiempos había más tranquilidad, la comida era abundante, en el caño los chorros se encontraban Doncellas, Cachamas, bagre blanco y Pintao; también animales como el mono aullador, paloma Gurumera, Yolopo y la Turrugulla”. “Yo tiraba el trasmallo con mi padre y sacábamos de 80 a 100 pescados” (Corregimiento de Margento)

que antes las ciénegas eran más hondas, había mucha hicotea, babillas, ponches, y se podía escuchar el sonido de los pájaros, y agrega: ahí ombe peces era lo que había ahí” ... “las ciénegas eran grandes, se veía mucho pescado en ellas. Uno se los podía coger con la flecha, cogíamos mucho bocachico, actualmente los peces están muy escasos. Los árboles que más podíamos observar en las ciénegas y que aguantaban más el agua eran el cantagallo, el roble y el guanabanito. Yo iba a pescar y sentía mucha alegría porque cogíamos muchos peces, yo hacía anzuelos de alambre y para la carnada usaba jabón amarillo de pino”. (Vereda Barranquillita)

“hace 45 años atrás todo era maravilloso, la ciénega tenía mucha taruya, abundaban muchas especies de peces entre ellos el blanquillo, la doncella, cacucho, bagre rayado, bocachicos grandes, la trucha, el sota pinga, fauna (variedades de animales), las aguas eran muy puras, mucha abundancia. La vida era tan maravillosa, toda la familia vivía bueno”. “En 1970 no se tenían en cuenta los días de la semana sábado, domingo, festivos, cualquier día era igual, se programaban paseos de olla se iba con la familia a la ciénega, se hacían sancochos, se bañaban en esos espejos de agua uno iba y se alimentaba de lo que había aves, pescado. Cuando llegaban las horas de subienda, se veía correr a la gente a las 4:00 am para el caudal, porque cuando se sube es cuando más pescado bota. Las personas a las 4:00 am se veía corriendo bajo el agua con el costalito al lado y con los pelaitos chiquititos para arriba y eso es lo que le queda a uno la juventud. Yo tengo esos recuerdos tan intactos. Cuando me tocó la primera vez, yo me puse a las 4:00 am a subir esas lomas hasta el punto de la quebrada y esperar que a la quebrada el agua le llegara para coger un pescado que se podía coger con las manos. Era tanto que había que sacarlo para que no se dañara”. (Corregimiento de Guarumo).

El imaginario geográfico es un conjunto de imágenes mentales relacionadas entre sí sobre un espacio estructurado o basado en el agua, desde el cual se organizan las percepciones y prácticas espaciales (Debarbieux, 2003; Lindón, 2012), como bien lo subraya las narrativas anteriores.

Recordar esa geografía no solamente se refiere a relatar las formas en cómo se organizaba la sociedad en un espacio natural, también implica recordar sabores, olores, técnicas de transformación paisajística, sentimientos y pensamientos que hacen parte de un modo de habitar, o más bien, de *geo-grafizar* la tierra, en este caso, marcar el agua a través del conocimiento reproductivo de los alimentos.

En ese sentido, cuando se habla de una ‘geografía imaginada’, se hace referencia fundamentalmente a cuatro aspectos que podrían resumirse, para el Bajo Cauca, en: un régimen alimentario basado en la dieta de pesca, relaciones de reciprocidad (convites), conocimientos y técnicas sobre el manejo de los ecosistemas y una sensibilidad paisajística por la abundancia de la biodiversidad, aspectos estos, anclados en la memoria.

Ahora bien, estos imaginarios chocan con las condiciones materiales actuales por las macro tendencias planteadas en este trabajo que también han construido significados sobre la naturaleza diferentes a los relatos que tienen las comunidades sobre los ecosistemas. Cuando esto sucede vienen los inconformismos que detonan el conflicto socioambiental como los siguientes:

“Esa ciénaga uno iba y no perdía el tiempo, en un momentico cogía uno o muchos peces, y eso que era con anzuelo. Hoy en día solo se ve uno que otro bocachico, pero pequeño, no como antes que eran grandes. “La ciénaga ahora tiene tapón y el agua huele a podrido, no hay casi pescao. el agua ahora está descompuesta y el pescao se ha desaparecido” ... “Antes no se comía el ponche, se consideraba un animal cochino y abundaba en el bosque, la gente no le gustaba su carne, era muy desagradable, sabía a sarna; ahora como desapareció y no hay mucho que comer se volvió interesante y comercial”. (Vereda la Galandria)

“Llegó el oro y fue una maldición y la cultura de cultivar, desapareció” ... “En mi casa nos comíamos un pescao cada uno, había bastante pescao, ahora un solo pescao lo dividimos entre cuatro”... “La ciénaga se ha sedimentaba, ya que no le entraba agua de los caños, también se taponó por el firme constante”. “Desde el año 2014 los propietarios de fincas comenzaron a meter búfalos al territorio, los cuales han ocasionado muchos daños al ecosistema”. (Vereda Los medios).

“Hoy en día se cansan de buscar pescado y lo que se encuentra es lodo, el que obstruye el desarrollo de los peces. En las tardes ya no se escucha el canto de los pájaros si no el sonido de los sapos y ranas. Ya no hay aves como el chamberil, la guacharaca, pisingo. Pocos pescados, como el bocachico, la dorada, el sábalo, el jetudo, sardina, pacora”

“El pescado ahora no tiene el mismo sabor, anteriormente el pescado era macizo, ya que se alimentaba en gran medida del mangle, el cual se considera un rico alimento para los peces, por lo cual, con la desaparición del mangle, se considera una pérdida en el sabor también. (Corregimiento el Colorado – Nechí)

“la tradición de la pesca ha sido transformada, pues ahora el pescado no sale con la puya, a diferencia de antes. Los ancestros tenían sus épocas para pescar, por ejemplo, noviembre, diciembre, te salía un pescado grande, con buen aroma, limpio, pero a diferencia de hoy, cuando se pesca en agosto, el pez está enhuevado y sale flaco, pequeño y no con tan buen aroma. La subienda se da en dos épocas del año, en el mes de enero y en el mes de julio, época que ya no se ve”. (Corregimiento el Colorado)

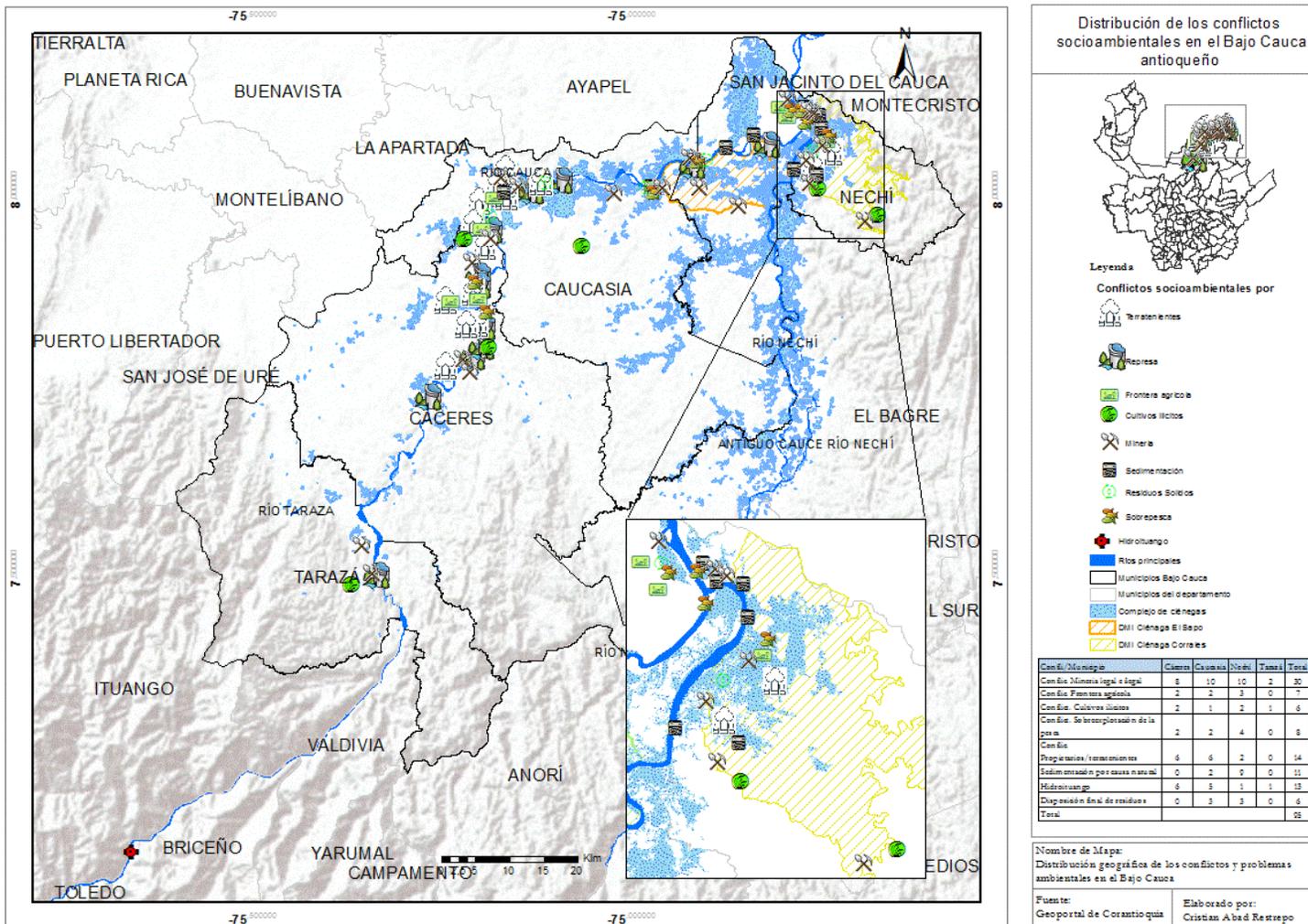
Los relatos anteriores señalan un destino negativo de los ecosistemas, al percibir que reeditar el pasado de la abundancia resulta irrisorio y que no caben en la actualidad por la velocidad de la acumulación de capital en la región.

Según los habitantes las transformaciones sobre los ecosistemas comenzaron a sentirse en los años 60 y 70 con la fiebre del oro en Nechí, Tarazá y Caucasia. Desde esto se ha instaurado el devenir de una ‘época de cambios’ que ha alterado los ciclos reproductivos de la vida, las relaciones comunitarias, las técnicas de pesca y los sabores. Esta ‘época de cambios’ es sentida por los habitantes cuando hablan de la ‘escasez e insuficiencia alimentaria’ como resultado del agotamiento de la despensa acuática. En ese sentido, la fragmentación geográfica de las ciénagas, su pérdida de continuidad ecológica y la profundización de la crisis ambiental hacen parte de esta ‘época de cambios’ que marcará el devenir de la región en los próximos años, aumentando la conflictividad socioambiental estructural de larga duración. Es necesario resaltar que la crisis ambiental, más no la conflictividad, inició con el proceso de colonización y se ha profundizado con la llegada de la tenencia expropiatoria de la tierra.

De acuerdo con la cartografía dos, se destacan conflictos por la presencia de la minería legal e ilegal, los conflictos con propietarios y grandes terratenientes y conflictos derivados por las afectaciones de Hidroituango. De igual forma se reconocen otros conflictos por cultivos ilícitos, la sobreexplotación de la pesca entre pescadores, conflictos por la ampliación de la frontera agrícola sobresaliendo los monocultivos de arroz. Asimismo, se reconoce los conflictos por sobrepesca dado el uso de ‘trasmallo matatodo’ de personas migrantes que vienen de otras regiones, especialmente del sur de Córdoba y de Sucre. El total de conflictos corresponde a 95 identificados en esta región.

Cartografía 2

Conflictos socioambientales en el Bajo Cauca Antioqueño. Construcción propia.



La mayoría de los conflictos están localizados sobre la franja de los ríos y ciénagas, puesto que fue allí donde se localizaron los diferentes pueblos y comunidades en el proceso de colonización de las tierras, dada la disponibilidad de agua y de alimentos.

Si bien estos conflictos no están en la agenda pública como otros en Antioquia, que han incidido en la opinión pública como los conflictos mineros en el suroeste donde hay un fuerte movimiento contra las multinacionales mineras o en el oriente contra las centrales hidroeléctricas, en el Bajo Cauca hay un encubrimiento de los conflictos por sus causas históricas señaladas.

Cabe destacar que, en la década pasada, el Bajo Cauca fue una región que expulsó personas a causa de la violencia entre grupos armados, pero los diferentes extractivismos y la tenencia de la tierra continuó sin ser afectados por el conflicto. De cierta forma, a modo de hipótesis, los actores

que han organizado la estructura espacial en la región han participado del conflicto en complicidad con las fuerzas militares del Estado.

Adicionalmente, el Estado en la región ha tenido como respuesta combatir los grupos irregulares que han visto en el Bajo Cauca el caldo de cultivo para sus operaciones ilegales. No obstante, no ha desarrollado programas de reforma agraria, no ha generado la economía de frontera y mucho menos hay programas para fortalecer los derechos económicos y sociales, lo cual redundaría en la exacerbación de los conflictos socioambientales ante la falta de credibilidad de las instituciones del Estado. Sin embargo, en los últimos dos años han llegado diferentes programas en el marco de los acuerdos de paz por la Agencia de Renovación del Territorio.

Se puede decir que los conflictos existentes son latentes y la mayoría de las personas saben de estos, pero como dicen los mismos habitantes ‘el fierro en la mano es el que manda’. En este contexto, donde el miedo es generalizado y el silencio es la garantía de la vida, el proyecto hidroituango encuentra un contexto acorde a sus intereses. Por supuesto hay acciones de resistencia locales en algunas comunidades que obedecen a aspectos ‘topofílicos’, es decir, de un arraigo al lugar y porque no tienen donde más habitar.

Asimismo, puede decirse que tales conflictos no logran instalarse en la agenda política por el bloqueo mediático existente, las amenazas y los señalamientos a líderes sociales y colectivos continuar a riesgo de perder la vida. Estos conflictos son de larga duración mientras permanezca las pequeñas resistencias que defienden los relictos biodiversos ante la presión dinámica de diferentes actores, mientras se va profundizando la vulnerabilidad y aumentando la crisis con cada extracción mineral, con la ampliación de la frontera ganadera, cocalera y afectación del río.

Cabe resaltar el contexto actual de cambio climático que, por cierto, es una de las regiones con mayor impacto en el Departamento de Antioquia¹⁰ dada la fragilidad ambiental y la creciente vulnerabilidad de las comunidades ante las inundaciones y sequías prolongadas. Se sabe que el cambio climático no afecta de la misma forma, puesto que esto depende en buena medida de entorno donde se conservan los sistemas alimentarios para el ser humano y para otras especies.

Conclusiones parciales y nuevas preguntas

En este trabajo se ha querido defender la tesis de que toda estructura espacial de poder es generadora de conflictos socioambientales. Son cuatro las macro tendencias que componen esta estructura donde los habitantes y ecosistemas quedan atrapados o están en medio por la presión de diferentes actores.

También se ha mostrado cómo la estructura espacial de la región es dinámica donde coexisten diferentes órdenes sociales y tiempos. El tiempo en el Bajo Cauca no debe entenderse como un proceso de sucesión, sino en la simultaneidad de tiempos porque es el tiempo de vida de todo y de todas las personas mezclado con las dinámicas del poder. Por esto es que el Bajo Cauca es un espacio que reúne todos estos tiempos con sus múltiples posibilidades, limitaciones y

¹⁰ Ver tercera comunicación del cambio climático del IDEAM.

restricciones. No hay un tiempo predominante en el Bajo Cauca porque, de acuerdo a lo evidenciado, no hay ningún espacio en que haya un idéntico tiempo para todos los seres humanos, las culturas, las industrias y las instituciones. Más bien lo que sucede es una simultaneidad de diversas temporalidades sobre una porción de tierra y que, como dice Milton Santos, esto constituye el dominio propiamente dicho de la geografía. Por lo anterior, esta región ha despertado la curiosidad de los estudiosos de la geografía porque se ha constituido en una totalidad aberrante, crítica y de una domesticación natural.

En definitiva, la estructura espacial del poder que se ha intentado destacar en este trabajo es una totalidad donde transcurre una realidad que va cambiando de acuerdo con las formas preexistentes y va creando otras condiciones de relacionamiento social en la medida que va cambiando internamente, es decir, rearticulando el poder para fortalecer los procesos de expropiación y explotación sobre la tierra, reconociendo también la incidencia de resistencias comunitarias locales para evitar el colapso ecológico regional. De hecho, esta estructura va refinando sus instrumentos violentos en la medida que va encontrando obstáculos, se va acomodando conforme vaya estableciéndose alianzas, fortalecimiento de las instituciones del Estado, presión de los grupos organizados que reivindican derechos. De todas formas, lo que se observa en el Bajo Cauca son fuertes tensiones territoriales que no avizoran un desenlace favorable para las comunidades y los ecosistemas. Esto va a depender de cómo se gestiona la estructura espacial, esto es, cómo se mueve el balance del poder.

De acuerdo con lo anterior, para entender los conflictos y sus dinámicas es necesario saber cómo se organiza el espacio, cómo se ha gestado en el tiempo y, sobre todo, que estructura lo sustenta. Si se quiere gestionar los conflictos es necesario balancear la estructura, saber mover los actores de ésta para disminuir las presiones sobre los ecosistemas y las poblaciones. Dicho de otra forma, no se aborda el conflicto por el conflicto, sino un adecuado manejo de la estructura espacial y esto implica tres cosas: transformar la visión que se tiene de la naturaleza, mover los imaginarios geográficos dominantes del Bajo Cauca como mera despensa a saquear y, adicionalmente, gestionar la relación entre instituciones públicas y las privadas para generar cambios que permita avanzar en la recuperación y restitución de la vida en esta región. Quizás estos procesos en paralelo sirvan para desbloquear la naturalización de la violencia y el conflicto que ha producido la estructura espacial.

Por ahora, las instituciones y autoridades responsables de la gestión pública no tocan estos aspectos porque no saben, son corruptas, están articuladas con los poderes regionales y porque desconocen las raíces históricas de los conflictos presentes. En ese sentido, se necesita avanzar en ejercicios de gobernanza ambiental con indicadores que relacionen procesos de democratización de las decisiones en los instrumentos de planeación, acuerdos con los poderosos y medición de cómo se recupera el bienestar de las poblaciones con los ecosistemas.

No hay herramientas absolutas para la gestión de estos conflictos, pero sin duda como es un problema histórico y estructural, la solución debe acompañarse con la presencia de instituciones del nivel nacional e ir gestando condiciones de diálogo y acuerdos reales. De lo contrario, se exacerbarán los conflictos hacia ciclos de violencia contra las comunidades que son los que ponen sus cuerpos. De hecho, quien históricamente los ha gestionado es la misma comunidad que trabaja

por hacer del Bajo Cauca un territorio aún posible para su cultura y convivencia entre resguardos indígenas, consejos afro y diferentes asociaciones de pescadores, campesinos y demás víctimas del conflicto¹¹.

Se espera que, con el actual gobierno progresista en Colombia, que ha tomado como bandera ‘la transición’, vea en el Bajo Cauca una oportunidad para generar condiciones de cambio de la matriz extractiva del oro, se disminuya la concentración de la tierra, se compense a diferentes comunidades y se avance en la restauración de los ecosistemas. De igual forma, en esta región se pone a prueba los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial creados tras la firma del Acuerdo de Paz con las FARC, dado que fue incluido el Bajo Cauca con más de 289 iniciativas a ejecutar en los planes de desarrollo. Es ahí donde se verá realmente la incidencia de todas estas acciones para transformar la estructura espacial. De lo contrario, permanecerá el conflicto y éste será reciclado mientras dure la presencia institucional. El gran desafío es que el Estado construya, haga parte y movilice estructuras espaciales para la gente y para la reproducción de la vida no humana.

Ahora bien, ¿Qué otras tendencias se pueden sumar a esta estructura y cómo organizarla en una línea de tiempo? ¿El Estado puede hacer parte de esta estructura? ¿Es posible construir una trayectoria de cambios de los territorios que permita tener más claro los acontecimientos importantes en términos de la génesis de la crisis ambiental en la región? ¿Qué otros conflictos se pueden sumar para tener un cuadro completo de los mismos? ¿Cuál es el estado del arte sobre estructuras espaciales? Estas preguntas pueden guiar una agenda de investigación en geografía crítica y estudios socioespaciales para desarrollar pesquisas en las diferentes regiones de Antioquia y de Colombia.

En ese sentido, se propone la siguiente metodológica para la investigación científica sobre este tema: seleccionar un área de estudios, reconstruir la historia ambiental del área con fuentes secundarias, generar procesos participativos comunitarios sobre los principales problemas y conflictos, rescatando los imaginarios geográficos con las dinámicas presentes, identificar macro tendencias y construir los mapas propuestos.

Este modelo puede ayudar: a entender las estructuras espaciales en diferentes regiones de Antioquia, analizar la especificidad de cada conflicto para mejorar la gestión territorial y avanzar en la gobernanza ambiental y hacer partícipes a las comunidades en sus propios desarrollos de acuerdo con su geografía imaginada.

¹¹ En el Bajo Cauca hay 118 organizaciones campesinas relacionadas con las actividades cacaoteras, piscícolas, agropecuarias, agroganadera, Palma de Coco (Comisión de la verdad, 2022)

Bibliografía

- Agnew, J., & Oslender, U. (Julio-diciembre de 2010). Territorialidades superpuestas, soberanía en disputa: lecciones empíricas desde América Latina. *Tabula Rasa*(13), 191-213. Obtenido de <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n13/n13a08.pdf>
- Basile, P. (2018). *Transporte de Sedimentos y Morfodinámica de Ríos Aluviales*. Argentina: Universidad Nacional de Rosario.
- Bautista, J. J. (2015). *Qué significa pensar desde América Latina. Hacia una racionalidad transmoderna y postoccidental*. Madrid: Akal.
- Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Comisión de la verdad. (Junio de 2022). *Rutas del conflicto*. Obtenido de <https://rutasdelconflicto.com/especiales/bajo-cauca/actualidad-region.html>
- Debarbieux, B. (2003). Imaginaire géographique. En J. Levy , & M. Lussault , *Dictionnaire de la Géographie et de l'Espace des Sociétés*, (págs. 489-491). París: Belin.
- García Álvarez, J. (2018). *Re-configuraciones territoriales emergentes: hacia la consolidación de regiones étnicas. Estudio de caso Bajo Cauca antioqueño, Colombia*. Medellín.
- García, C. (1993). *El Bajo Cauca Antioqueño: cómo ver las regiones*. Bogotá: Cinep.
- Giraldo, J., Naranjo, A., Jaramillo, A., & Duncan, G. (2011). *Economía criminal en Antioquia: narcotráfico*. Medellín: Universidad Eafit. Obtenido de https://repository.eafit.edu.co/bitstream/handle/10784/9108/economia_criminal_antioquia.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- González , R. (2016). *La región hidropolitana de la ciudad de México. Conflicto gubernamental y social por los trasvases Lerma y Cutzamala*. México, DF.: Instituto Mora (Contemporánea. Estudios Regionales).
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Lindón, A. V. (2012). ¿Geografías de los imaginarios o la dimensión imaginaria de las geografías del Lebenswelt? En L. Alicia, & D. Hiernaux, *Geografías de lo imaginario* (págs. 66 - 87). Barcelona; Mexico City, Mexico: Anthropos Editorial ; Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, División de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Lombo Delgado, J. (6 de septiembre de 2019). El eterno regreso de los cultivos de coca al Bajo Cauca. *El espectador*, pág. 4. Obtenido de <https://www.elespectador.com/judicial/el-eterno-regreso-de-los-cultivos-de-coca-al-bajo-cauca-article-879850/>
- Machado, H. (septiembre-febrero de 2015). Ecología política de los regímenes extractivistas. De reconfiguraciones imperiales y re-existencias decoloniales en nuestra América. *Bajo el Volcán*, 15(23), 11 - 51.

- Marx, K. (2011). *El Capital. Tomo I*. Rio de Janeiro: Boitempo.
- Mayorca Torres, M., & Muñoz Lizarazo, N. (2017). *Aplicación de metodologías para la estimación de la eficiencia de atrapamiento de sedimentos en los embalses colombianos*. Bogotá: Universidad de La Salle.
- Memmi, A. (1956). *Retrato del colonizado*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Mora, T., & Muñoz, J. (2008). Concentración de la propiedad de la tierra y producto agrícola en Antioquia. 1995-2004. *Ecos de Economía*, 71- 108.
- PNUD. (2011). *Regiones en conflicto. Comprender para transformar*. Bogotá: Colección Cuadernos indh 2011.
- Portillo, L. (14 de 10 de 2019). Los Zenú: fulgor, caída y resurgir de un pueblo milenario. *Panorama Cultural. El periódico cultural de la costa Caribe de Colombia*, pág. 5. Obtenido de <https://panoramacultural.com.co/pueblos/6955/los-zenu-fulgor-caida-y-resurgir-de-un-pueblo-milenario>
- Rudas Lleras, G., & Espitia Zamora, J. (2013). La paradoja de la minería y el desarrollo. Análisis departamental y municipal para el caso de Colombia. En L. Garay Salamanca, *Minería en Colombia: Institucionalidad y territorio, paradojas y conflictos* (págs. 27 - 76). Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Sack, R. (1986). *Human Territoriality: its theory and history*. New York: Cambridge University Press.
- Santos, M. (1979). *Espaço e Sociedade*. Rio de Janeiro: Petrópolis, Ed. Voze.
- Santos, M. (2006). *A natureza do espaço. Técnica e Tempo. Razão e Emoção*. São Paulo: Editora da Universidade de São Paulo.
- Vallejo Duquei, Y., & Insuasty Rodríguezii, A. (24 de agosto de 2021). Disputas por el Territorio, Tensiones entre la Guerra y la Paz. *desinformémonos, periodismo desde abajo*, pág. 5. Obtenido de <https://desinformemonos.org/territorios-pueblos-y-guerra-continuada-colombia/>
- Villegas, L., González, L., & Rueda, D. (Julio-Diciembre de 2009). Desarrollo agropecuario de Caucasia- Antioquia 1930 - 1970. *Historia y sociedad*(17), 179 -197. Obtenido de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/fche-unal/20110510120402/7.pdf>
- WWF. (21 de abril de 2021). ¿Qué tan riesgoso para la salud y la naturaleza es volver a la aspersión aérea con glifosato? *WWF*, pág. 2. Obtenido de <https://www.wwf.org.ec/?366592/Que-tan-riesgoso-para-la-salud-y-la-naturaleza-es-volver-a-la-aspersion-aerea-con-glifosato>
- Zuleta, I. (2021). Hidroituango: Un desastre socioambiental con responsabilidad internacional. *Villes et culture dans les Amériques*, 1 - 7.
- Zusman, P. (2013). La geografía histórica, la imaginación y los imaginarios geográficos. *Revista de Geografía Norte Grande*, 51-66.